

Conectar

La importancia de una cultura de debate y una cultura de autocrítica

19 de agosto de 2026

Por Darío Valencia-Restrepo

Publicado originalmente en

<https://www.elsevier.com/connect/collection/not-alone>

Una tendencia preocupante se extiende por todo el mundo y se afianza en numerosos países: la polarización, especialmente cuando se agudiza. Esta se produce cuando una sociedad se divide en dos grandes bloques de tamaño similar, situados en extremos opuestos del espectro ideológico. La consecuencia es la imposibilidad de dialogar o debatir de forma razonada sobre cuestiones fundamentales o posibles acuerdos. Este fenómeno se observa principalmente en algunos países latinoamericanos.

Dada la complejidad de la realidad social y la dificultad para establecer políticas públicas que promuevan el bien común, es natural que los ciudadanos tengan opiniones diversas sobre los principios que deben guiar a un gobierno y sobre quiénes deben integrarlo. Sin embargo, en un contexto de polarización, los miembros de un bloque no ven a los del bloque opuesto como adversarios dignos de un diálogo respetuoso, sino como enemigos peligrosos a quienes hay que ignorar, insultar y, si es necesario, someter a la violencia política.

Aquí reside el problema central: los ciudadanos de un bando no escuchan a los del otro, porque el odio mutuo predomina en ambos lados, y la confianza —un atributo tan importante para el tejido social— se ha perdido.

En nuestra época, una ética del diálogo es fundamental. Debemos aceptar que construir una sociedad mejor requiere un diálogo que comience por reconocer y respetar los argumentos del interlocutor, por la autocrítica de la propia postura y por la aceptación de reglas que trasciendan a las partes: tres principios éticos que, en principio, harán posible el acercamiento y los acuerdos. No se trata de aniquilar el punto de vista del otro, ni de asumir que el debate conducirá a que una parte gane y la otra pierda. Ojalá todos pudiéramos aceptar que en un debate no debería importar quién tiene razón o quién aporta más, sino que lo verdaderamente crucial es que los participantes salgan enriquecidos del diálogo.

Vale la pena preguntarse hasta qué punto las redes sociales están exacerbando la polarización. Estos recursos digitales pueden ser muy beneficiosos si se utilizan con prudencia y pensamiento crítico. Sin embargo, con frecuencia promueven el odio y la agresión, además de difundir noticias falsas y suplantaciones de identidad graves, estas últimas facilitadas por la inteligencia artificial. Han surgido algoritmos que

hacen todo tipo de recomendaciones, desde las más importantes hasta las más triviales, que los usuarios siguen. Nos estamos convirtiendo en esclavos de nuestras propias invenciones, hasta el punto de que ya no consideramos necesario reflexionar ni ejercer nuestro juicio.

De todo lo anterior se desprende la importancia crucial de crear y desarrollar dos culturas: la cultura del diálogo razonado y respetuoso, incluso con personas de diferentes etnias o religiones; y la cultura de la autocrítica, ya que es fácil criticar a los demás y difícil reconocer que podemos estar equivocados en nuestra valoración y que debemos estar dispuestos a cambiar nuestra opinión o postura.

El surgimiento de estas dos culturas nos lleva de nuevo a la educación, una responsabilidad de padres y profesores hacia aquellos que, debido a su uso constante de las redes sociales y, más recientemente, de la inteligencia artificial, han perdido la capacidad de atención y no sienten la obligación de pensar antes de tomar sus propias decisiones.

Existe también una relación entre la polarización y el creciente descrédito de la política y los políticos. Los ciudadanos perciben que sus problemas fundamentales siguen sin resolverse, que la desigualdad aumenta y que la corrupción se extiende. En consecuencia, un amplio sector de la sociedad, en su proceso de radicalización, elige líderes que considera ajenos a la política tradicional: verdaderos *outsiders*, a menudo ignorantes, populistas y autoritarios.

Esta división del país, impulsada en gran medida por las emociones, muestra entonces las características definitorias de la polarización: una aversión de un sector hacia el opuesto, y viceversa. Esto imposibilita los acuerdos, exacerba las divisiones políticas y erosiona la confianza en el sistema judicial y, en general, en las instituciones.

Una situación como la descrita hace imposible la gobernabilidad y debilita la democracia. De hecho, encuestas internacionales recientes muestran que la mayoría está desilusionada con un sistema político que reconoce y respeta la libertad y la igualdad ante la ley como valores esenciales. Este es un sistema que, a pesar de sus limitaciones, ha posibilitado el desarrollo y el progreso de muchos países en las últimas décadas.

Todo lo anterior apunta a la urgente necesidad de abordar la polarización. Una vía para actuar es la práctica de la política en el nivel local, ya que el debate concreto sobre los problemas que afectan a la comunidad local puede permitir que los sectores opuestos alcancen acuerdos fundamentales. Y es esencial superar el lenguaje insultante y despectivo, ya que la evidencia reciente muestra que la intemperancia verbal puede ser el preludio de la violencia política.